

el ataque, para la lucha, para destruir, los liberales no saben ya el objeto que se proponen cuando conquistan el poder. Esta reconvencion es justa, pero, para que lo fuera más, debería también dirigirse al mismo liberalismo. ¿Dónde están sus doctrinas? ¿Dónde su bandera? Invoca los principios del 89; pero esos principios no son sino una de las fases de la Revolución. Con los principios políticos, la Revolución promulgó principios religiosos, de igual manera que la filosofía que la preparó fué en su conjunto religiosa y política, más religiosa aún que política. ¿Dónde están los principios religiosos del liberalismo? De creer á los liberales militantes, el liberalismo no tiene nada de comun con la religion. No queremos preguntar si esto es táctica ó convencimiento, porque lo uno es tan fatal como lo otro. Como táctica, sería una hipocresía; y ¿cuándo ha sido la hipocresía un elemento de fuerza? El porvenir no pertenece á la hipocresía, sino á las convicciones serias. ¿Creen realmente los liberales que su opinion no tiene nada de comun con las creencias religiosas? De ser así, estarían en el falso camino de la inconsecuencia y de la debilidad, y, por consiguiente, en el camino de la impotencia. Acabamos de poner el dedo en la llaga; no temamos sonarla, áun á riesgo de que grite el paciente. Para curar el mal, preciso es conocerle.

Volvamos á Eugenio Sue. Este escritor quiere que los liberales se hagan protestantes unitarios. ¿Es esto serio? ¡No! el racionalismo, que es su ideal, excluye toda religion; el racionalismo no quiere ninguna, porque toda religion es un mal; no quiere ningun símbolo, ninguna fórmula, ningun rito religioso, y espera que, á consecuencia de los progresos de la humanidad, las clases inferiores, lo mismo que las superiores, lleguen á encontrar en su razon el sentimiento natural de lo justo y de lo injusto, los principios que bastan al hombre de bien. Entónces ¿por qué predica Eugenio Sue el unitarismo? Como un puente para llegar al racionalismo puro. Si le prefiere al catolicismo, es porque el primero está limpio de estas tres lepras: el papado, la confesion y el celibato de los sacerdotes. Además, la reforma religiosa prepara la reforma política. El protestantismo desarrolla la razon, en vez de ahogarla, como hace el catolicismo, y apresata las naciones para el ejercicio de la libertad. Por consiguiente, él es el camino natural para llegar al

racionalismo. Cuando la humanidad haya pasado del campo de la ortodoxia cristiana al del libre exámen, cortará el puente.

¿Necesitamos insistir sobre lo que en semejantes ideas hay de absurdo y de contradictorio? ¿Hay algo, no ya de más inmoral, sino de más imposible, que una religion considerada como un medio, sin que los hombres crean en ella? Eso se ve algunas veces en las religiones espirantes; pero la conciencia universal anatematiza esas vergonzosas transacciones. ¿Cómo sería posible que, de propósito deliberado, hubiera hombres que abandonáran su fe ó su incredulidad para entrar en el seno de la Iglesia unitaria, cuando en el fondo del alma no serían ni unitarios ni católicos? ¡Rara concepcion que entraña un singular desprecio de la religion y una completa ignorancia de las cosas religiosas! Las religiones no se han fundado ni propagado con ese mezquino cálculo, sino con el poder de la fe. Si por imposible tuviera éxito ese cálculo, ¿qué ganaría en ello la humanidad? Un aumento de hipocresía, y la hipocresía es la lepra de nuestras sociedades. ¿Qué importa que la hipocresía se llame unitaria ó católica? No, la humanidad no pide un remedo de religion, como un puente que conduzca á la negacion de todas las religiones; la humanidad necesita la fe en Dios y en el gobierno de su Providencia, la fe en un lazo íntimo, indisoluble, entre el hombre y el Sér universal, la fe en la persistencia eterna de la individualidad humana, la fe en el desarrollo progresivo de los hombres y de la sociedad, la fe en la union de la libertad y de la religion. ¡En una palabra, la humanidad necesita una religion y no una parodia de religion! (1).

N.º 2.—Llamamiento á los liberales.

El llamamiento de Eugenio Sue viene á probarnos que los liberales no experimentan la necesidad de una nueva religion; si se aproximan al protestantismo, es por odio al catolicismo, porque en aquél encuentran un apoyo, un arma de guerra contra las invasiones del espíritu ultramontano. Sus preocupaciones, hostiles á toda religion positiva, subsisten siempre. Y, sin embargo, nuestra conviccion es que, á pesar del poder que esas preocupaciones ejercen, la fuerza de las cosas empu-

(1) DE LAVELEYE, *Question contemporaines*, p. 8, 11, 23 y 29.

jará á los libres pensadores hácia el protestantismo liberal. Hablamos de aquellos que están persuadidos de que no hay civilizacion sin moral. Cierto es que creen que la moral es independiente de la religion; más aún, que la religion vicia la moral. Sí, hay concepciones religiosas que alteran y desvirtúan el sentido moral: tal es, por ejemplo, el catolicismo práctico que tenemos ante nuestros ojos y que no es sino supersticion ó hipocresía. Pero si los libres pensadores rechazan la religion, es porque la confunden con el catolicismo tradicional. Esta confusion es un error, hijo de nuestra educacion católica, que se disipará con el tiempo. Cuando los liberales vean la religion en toda su pureza; cuando vean un cristianismo que, léjos de maldecir la libertad, proclame que la libertad y la fe son idénticas; cuando vean una religion que se confunda con la moral, tal como ellos la comprenden; cuando vean esa moral ejercer en las conciencias tanta mayor accion cuanto más se asimile y confunda con el sentimiento religioso, ¿podrán entónces rechazar la religion como una enemiga?

Hemos dicho que la fuerza de las cosas los empujará hácia el protestantismo avanzado; pero esto no quiere decir que ellos mismos se hagan protestantes. Quizas esta conversion se efectúe cuando la revolucion religiosa que se prepara en el seno del protestantismo llegue á su término; cuando haya un nuevo cristianismo que no sea ni protestante ni católico. Mientras la Iglesia protestante sea la Iglesia de Lutero y de Calvino, á los liberales les repugnaré entrar en ella. Pero la conversion puede y debe efectuarse por otra via. Los liberales tienen hijos, y ¿qué hacen con ellos? Muchos de entre ellos, la inmensa mayoría, los confían á sus adversarios, sacerdotes ó frailes, ya sea para que los instruyan, ya para que les den educacion religiosa. ¿Dónde se vió jamas semejante contradiccion? Esta inconsecuencia es una verdadera apostasia del liberalismo, y más de una vez hemos clamado contra ella. ¡Cómo, combatís á la Iglesia con todas vuestras fuerzas, como enemiga nata de la libertad, y no conocéis que, entregándole vuestros hijos, perpetuáis su poder, ayudándole á aumentar la funesta influencia que ejerce en los espíritus! Combatir al enemigo con una mano y sostenerle con la otra, es á todas luces el bello ideal de la inconsecuencia.

Comprendemos perfectamente el sentimiento

que inspira á los liberales, sentimiento que no es otro sino el querer que sus hijos reciban una educacion religiosa. Lo cual prueba que sienten la necesidad de la religion, cuando ménos para la educacion de la infancia y de la juventud. Sobre este punto estamos de acuerdo. Mas para que la religion pueda constituir un elemento de educacion, es menester que sea verdadera. ¿Creeis en la verdad de esa religion en cuyo seno haceis educar vuestros hijos? No, puesto que vosotros no la practicáis; y cuando por excepcion lo haceis, es por condescendencia, por debilidad, y áun pudiéramos añadir que por cálculo. En resumen: educáis á vuestros hijos en una fe que no es la vuestra, en una fe que rechazáis como una supersticion, en una fe que no queréis para vosotros ni siquiera como aliada de la moral. ¡Y la queréis para vuestro hijo! Vuestra intencion será excelente, pero por todo fruto recogeréis un triste desengaño. Educáis á vuestro hijo en creencias que considerais como falsas, que vosotros no observais, que vuestro hijo desertará con el tiempo, con no pequeño contentamiento vuestro, ¡y á eso llamais una educacion religiosa! ¡Más lógicos seriais llamándole la educacion de la hipocresía! ¡Y ni siquiera es esto, porque vuestra conducta y vuestros discursos protestan á cada paso contra la religion que dais á vuestros hijos y á vuestras hijas! ¡Es decir, á ménos que no ayudeis á representar esta abominable comedia! ¡Una comedia! Hé ahí adónde conduce la educacion religiosa que los liberales dan á sus hijos. Pero cuando el niño llegue á hombre y tenga conciencia de esa comedia, ¿qué pensará de ella? Esto: ¡que si la religion que le presentaron como base de la moral es una farsa, la moral lo será también; y que si la vida es una comedia, el problema se reduce á elegir y representar un buen papel!

Si hay en el mundo algo inmoral, y, por consiguiente, irreligioso, es la educacion religiosa que los liberales dan á sus hijos. De este convencimiento participa también un hombre de corazon y de inteligencia. Padres liberales, escuchad las palabras de Quinet; tal vez tengan para vosotros más autoridad que las nuestras: "¡Gracia, piedad para esos pobres niños que acaban de nacer!... ¡Cómo, reprobais esa Iglesia, la denunciáis como el antro de la mentira y de la esclavitud, denuncia y reprobacion que ella os devuelve en invectivas, impreca-

ciones y maldiciones, estais con ella en lucha abierta, y, sin embargo, llevais vuestros propios hijos, con la sonrisa en los labios, á esa que vosotros llamais fuente envenenada! ¿No sois su padre, y no es vuestro deber salvarlos de eso que vosotros creéis que es el mal, la falsedad, la muerte? ¡Y los llevais vosotros mismos!... ¿Queréis el absolutismo, el despotismo intelectual ó civil? ¿Creéis que sea un bien la esclavitud de la inteligencia? Esto puede sostenerse fácilmente. En tal caso, dad vuestros hijos á la Iglesia que sostiene y propaga esos principios, y hace de ellos un dogma; nadie acusará vuestra ceguera. Por el contrario, ¿queréis la libertad, el desarrollo de la razon? Entonces, más que ilógico, es monstruoso que deis vuestros hijos á la Iglesia que maldice lo que vosotros creéis. ¡Y pensar que sois vosotros los que voluntariamente abandonais en manos de la Iglesia, de esa Iglesia que condena y áun maldecís, á esas tiernas inteligencias que no pueden defenderse! ¿De qué palabra podría servirme para calificar vuestra conducta? La que voy á pronunciar es dura; pero necesaria: que tengéis ó no conciencia de ello, lo que vosotros cometeis es una especie de infanticidio moral.

Léjos de ser dura, nos parece que la frase no es bastante enérgica. La Iglesia dice que la herejía es un crimen peor que el homicidio y el envenenamiento, porque el asesino no mata sino el cuerpo, mientras que los herejes matan el alma. Por lo visto, los liberales aprecian más el cuerpo que el alma de sus hijos. ¡Y cuántos no hemos visto con el alma muerta por la educacion! ¡Á cuántos jóvenes de ambos sexos, á quienes Dios habia dotado de corazon y de inteligencia, priva para siempre la educacion llamada religiosa de la luz de la razon! Porque, no hay que darle vueltas, sin libertad no hay razon, y la libertad es incompatible con la fe católica. Y cuando la razon está oscurecida, ¿puede el corazon permanecer puro? ¿No debe el desenvolvimiento de la inteligencia acompañar al desarrollo del alma? Si la razon está viciada, por necesidad tiene que estarlo tambien el corazon. Una conciencia ciega podrá conservar los mejores sentimientos; pero hasta las buenas intenciones se volverán hácia el mal, y obrará mal creyendo obrar bien. Hé ahí el crimen que Edgar Quinet ha denunciado al siglo XIX; ninguno se comete con más frecuencia, y eso que no hay ninguno más horrible.

¿Por qué no escuchan los liberales esas palabras acusadoras? Si no comprenden toda la gravedad de su falta, deben, por lo ménos, comprender la inconsecuencia de su conducta. ¿Por qué se obstinan? Porque una voz interna les grita que sin religion no hay moral ni cultura. Por más que hayan vuelto la espalda á la Iglesia en cuyo seno nacieron; por más que rechacen, desprecien y maldigan el catolicismo romano, un instinto irresistible los empuja. Son inconsecuentes, convenido; pero quieren que sus hijos tengan sentimientos religiosos, y no ven que pueda inspirárselos nadie más que la Iglesia. Hé ahí por qué entregan á la Iglesia sus hijos, á pesar de todas sus antipatías. ¿Y qué queréis que hagan? Si fueran lógicos, no confiarían sus hijos á un sacerdote ni áun para bautizarlos; pero esta lógica conduce al absurdo, al imposible. En los países católicos, áun en aquellos donde la constitucion proclama la separacion de la Iglesia y del Estado, toda la organizacion social está imbuida del espíritu católico. Si enviáis vuestros hijos á la escuela, allí se enseña el catecismo romano; si queréis que no tomen parte alguna en esa instruccion religiosa, no os lo permitirán; y si os lo permiten, nada habréis adelantado, porque la instruccion literaria está impregnada del mismo espíritu católico y se da con arreglo á él. Preciso os será que guardéis en casa vuestros hijos. Pero ¿quién les dará la instruccion, y sobre todo, quién les dará esos sentimientos religiosos que queréis inspirarles? No será el padre, puesto que á él mismo le falta la fe; no será la madre, porque si fuera ella, educaría á sus hijos en la supersticion en que ella misma vegeta. Resultado: que los hijos se educarán sin ninguna creencia. Supongamos que el padre tenga una fe, que sea un pensador, un hombre religioso. ¿Cómo se gobernará para dar una educacion religiosa á sus hijos? Á los niños no se les predica la moral, no se les enseña la filosofia; se les inculcan sentimientos religiosos por la plegaria, por el culto. Esto supone una comunión religiosa, ¡y el padre está solo! ¡Cuáles no serán entonces sus angustias! Quisiera desarrollar en sus hijos el sentimiento religioso, ¡y no puede! El niño quiere orar, ¡y el padre no puede orar con él! Y aún no es todo: el niño tiene una irresistible necesidad de expansion, es el grito de la naturaleza. No hemos sido creados para vivir en el aislamiento; la soledad nos mata. El niño debe vivir con

otros niños. ¿Dónde encontrará el padre, libre pensador, una sociedad para sus hijos educados fuera de toda comunión religiosa? Serán expulsados de casi todas las familias, huirán de ellos como de la peste. Las preocupaciones católicas son así. Y entonces, ¡qué existencia para los pobres pequeñuelos que quisieran amar y no tienen un amigo ni siquiera un camarada con quien jugar! ¡Y qué martirio para el padre! Quisiera impedir que la inteligencia y el alma de sus hijos se viciáran, y ve que la soledad detiene su desarrollo, que se desmejoran y languidecen en el aislamiento, que pasan la vida como si fueran criminales condenados á la prision celular. Y si el padre rompe esas trabas, si consigue poner á sus hijos en contacto con otros niños, entonces tropieza casi necesariamente en el mismo escollo que quiso evitar: el niño, educado fuera de todo culto, será seducido, arrastrado y dominado por el ejemplo, encontrará quien le convierta, y se hará católico á pesar de sus padres.

Y aún no hemos concluido con las angustias del padre que se separa del sendero trillado y quiere preservar á sus hijos del veneno católico denunciado por Edgar Quinet. Supongamos que su posicion le permita educarlos en su casa, lo que es una rara excepcion; supongamos que consiga preservarlos del contagio, cosa que no puede hacer sino secuestrándolos, es decir, viciando su desarrollo intelectual y moral. Perfectamente. Pero los niños llegan á ser hombres y entran en la sociedad. Pues bien, donde quiera que la Iglesia ejerza una influencia—¿y dónde no la ejerce?—serán excluidos de todas las posiciones sociales. El joven no será ni abogado, ni músico, ni funcionario. ¡Y, sin embargo, puede suceder que sus aficiones, sus aptitudes, le empujen hácia cualquiera de esas carreras! ¡Y el padre habrá puesto obstáculos al porvenir de su hijo! ¡Qué punzador martirio! Y todavía esto es lo de ménos. Ni el joven ni la joven están destinados á vivir solos; la voz de la naturaleza nos dice que la vida de la inteligencia, lo mismo que la del corazon, queda incompleta sin el matrimonio. ¿No es el celibato forzado una de las reconvenciones que los libres pensadores dirigen á la Iglesia? Pues bien, habrá mil probabilidades contra una para que los hijos educados fuera de todo culto permanezcan en un forzado celibato. De modo que cuando quiere ser lógico, el porvenir que el libre pensador reserva á sus hijos es la ruptura comple-

ta de su existencia. ¿No debe preguntarse con qué derecho puede hacerlo? ¿Le es permitido sacrificar el porvenir de sus hijos? ¿Puede disponer de su vida?

Nosotros hemos pasado por esas angustias y por esos tormentos, y, sin embargo, no vacilamos en responder categóricamente: sí, el padre tiene ese derecho, y más que derecho es en él un deber. El padre tiene cura de alma, Dios mismo se la concede. ¿Cómo cumplirá el más sagrado de todos los deberes y la mision más alta que puede tener en la tierra, cual es preparar el hombre para la sociedad del porvenir? Sin perjuicio de escuchar la voz de la razon y de iluminar la conciencia cuando se trata del cumplimiento de un deber, la conciencia es la que en último caso decide como soberana. Esto sentado, ¿nos permite la conciencia, si somos libres pensadores, educar á nuestros hijos en una religion que rechazamos? Evidentemente no, porque eso valdria tanto como educarlos en el error, como darles veneno por alimento intelectual y moral. El grito de la conciencia es éste: ¡no y mil veces no! Pues siendo así, todo está dicho. ¿Á qué preocuparnos ni atormentarnos por las consecuencias que pueda tener el cumplimiento de un deber? Sean cuales fueren, nuestra responsabilidad está á salvo. El porvenir pertenece á Dios; lo que á nosotros incumbe es la obligacion de obrar con arreglo á la fe que nos dicta la conciencia.

Esta respuesta basta para aquellos que tienen sólidas convicciones, para aquellos cuyo carácter está á la altura de su fe. Pero ¡ay! el mal está en que nos dirigimos á hombres que no tienen fe, á hombres cuya voluntad flota á merced de todas las influencias de la familia ó de la sociedad. En vano será que hagamos un llamamiento á su conciencia; su conciencia vacila, y por eso cede tan fácilmente á una presion cualquiera. Menester es enseñarles una vía más fácil, una vía que concilie con sus temores y preocupaciones el deber citado. Puesto que se empeñan en dar á sus hijos una educacion religiosa, que busquen el medio por el cual puedan conseguir el objeto que se proponen. El camino de la Iglesia no los conduce á ese objeto, porque sus hijos llegarían á ser mojigatos ó incrédulos. Pero hay otro cristianismo que no es el de Róma, hay el cristianismo protestante, muy propio para desarrollar el sentimiento religioso, segun nos lo demuestra una experiencia de tres siglos. Para con-

vencernos de ello, nos basta fijar la atención en los hechos. ¿Por qué no confían sus hijos á la Iglesia protestante los libres pensadores y los liberales que no son católicos? La educación sería religiosa y se evitarían todos los inconvenientes, todos los peligros, todos los escollos.

Ocurre una objeción que sería decisiva si no pudiéramos responder á ella. Acabamos de hacer un llamamiento á la conciencia: ¿no podría decirsenos que si los liberales no son católicos tampoco son protestantes, y que, sin embargo, los invitamos á que eduquen sus hijos en una fe de la cual no participan los padres? ¿No podría decirsenos que de este modo predicamos la hipocresía? ¡No, y Dios nos libre de semejante cosa! Aunque como medio prefiriéramos sin comparación el protestantismo tradicional al catolicismo, si el protestantismo fuera todavía la religión de Lutero y de Calvino, precisamente por escrúpulo de conciencia no diríamos á los liberales que le confiaran la educación religiosa de sus hijos. Siempre querríamos mejor una sociedad protestante que una sociedad católica, y, sobre todo, preferiríamos que los liberales fueran protestantes más bien que incrédulos. Pero el fin no justifica los medios, y por nada en el mundo querríamos que el liberalismo se cobijara, sin convicción y como por pa' atempo, bajo la bandera protestante. Siendo, pues, los liberales tan enemigos del protestantismo oficial, por poco ortodoxo que se le suponga, como del catolicismo, necesario sería renunciar á proponerles la Iglesia protestante como un asilo religioso para sus hijos, si no hubiera más protestantismo que el de Lutero y Calvino.

Felizmente hay el protestantismo avanzado, el que se llama liberal para demostrar que participa de todas las opiniones del liberalismo, de todas sus aspiraciones políticas. ¿Ofrecen sus sentimientos religiosos algo que pueda repugnar á los hombres que buscan una educación religiosa para sus hijos? Este cristianismo es el cristianismo de Jesucristo, cristianismo sin misterios, sin milagros, sin más creencias que la de Dios y la de un lazo entre Dios y el hombre. Para rechazar el cristianismo entendido así, necesario sería negar toda idea de religión. Al confiar sus hijos á la Iglesia católica, los liberales confiesan tácitamente que por lo ménos estiman en algo la esencia de la religión; siendo así, deben creer lo que cree el protestantismo liberal. En realidad, la inmensa mayoría de los libera-

les participa de esas creencias. ¿Qué es lo que puede detenerlos? La conciencia aprueba lo que el interés del porvenir les aconseja que hagan por sus hijos. ¿Por qué vacilan? Quieren la religión y se les ofrece; la quieren formal y se les da formal, de tal modo que los hijos puedan conservarla cuando lleguen á ser hombres, sin menoscabo de la libertad. ¿Qué más pueden pedir? ¿Prefieren un remedo de religión á una religión verdadera? ¿Prefieren una religión que ciega la inteligencia y vicia el sentido moral á una religión que impone á todo hombre como un deber el desarrollo moral é intelectual? ¿Prefieren una religión enemiga acérrima de la libertad á una religión que escribe la libertad en su bandera, no como una máscara, sino como el fin constante de sus aspiraciones?

III.

Falta una preocupación que vencer, la más tenaz, la más poderosa, porque está, digámoslo así, en la masa de nuestra sangre, preocupación que nos inculca al nacer y que se desenvuelve por la educación. Es una cosa triste, pero cierta, que el catolicismo nos aleja de la religión de Cristo. Es una de las maldiciones inherentes al catolicismo, y confesamos que no conocemos ninguna más fatal. ¿Quién de nosotros, nacidos y educados en el catolicismo y habiendo practicado sus preceptos con sinceridad, hasta con fervor, quién de nosotros conserva, después de haber abandonado la Iglesia, el amor á Jesucristo y el gusto, la necesidad de edificarnos con la lectura de la Sagrada Escritura? Parece como que ignoramos la tradición de donde procedemos; no leemos ni los Evangelios ni la Biblia, ni conocemos al Cristo más que como la segunda persona de la Trinidad, como al Verbo encarnado. Cuando llega la hora en que dejamos de adorarlo como tal, entónces ya no es nada para nosotros, porque no habiendo estado nunca en comunión con nuestra alma, no habiendo dicho nunca nada á nuestra inteligencia, es un misterio que se desvanece y del cual nada queda, una vez desaparecido. El verdadero Jesús, el Hombre, el Santo profeta, el revelador humano de una religión humana, nos es completamente desconocido. Á poco que blasonemos de sabios, conocemos cien veces mejor á Buddha que á Jesucristo. Méenos aún conocemos los libros santos y la tradición cris-

tiana, de las cuales, gracias al cuidado con que nos los han ocultado, disfrazado ó alterado, apenas conservamos un leve recuerdo. Para cultivar la superstición, sólo nos han hablado de los milagros; y cuando rechazamos las creencias supersticiosas, no sentimos el menor deseo de inquirir si podrá haber en la Escritura algo más sustancial; léjos de ello, estamos convencidos de antemano de que no puede haber otra cosa. Así pues, nada nos llama hácia el Cristo ni hácia los libros que pudieran darnosle á conocer; todo eso nos recuerda las cadenas que felizmente hemos roto.

¿Cómo admirarse de que los liberales sean desconfiados y permanezcan incrédulos cuando se les habla de un cristianismo de Jesucristo? Los unos se encogen de hombros, sospechando que tras esa nueva religión se oculta una nueva superstición, un nuevo dogma, un nuevo sacerdocio que le explote, nuevos creyentes engañados y nuevas cadenas. Los otros se toman el trabajo de escuchar y leer, y confiesan que no se trata ni de dogma, ni de sacerdocio, ni de engaño clerical; pero no quieren más religión que la religión natural, ni ven lo que el Cristo y la Biblia puedan tener de común con la religión del porvenir. Á los que se obstinan en reprobar lo que ignoran sólo podemos responder que ántes de condenar se dignen instruirse. Á los otros debemos responderles que su preocupación es la preocupación liberal propiamente dicha; nosotros mismos hemos participado de ella; y si el estudio nos ha hecho conocer nuestro error, creemos, sin embargo, que en los escrúpulos de los libres pensadores respecto al protestantismo liberal hay algo de legítimo. Escuchemos primero á los protestantes liberales. En las conferencias pastorales que en 1866 tuvieron lugar en París, los liberales habían preparado una declaración que, á su juicio, debía indicar claramente el carácter religioso y, sobre todo, cristiano del movimiento liberal. Vamos á transcribir esta especie de manifiesto del protestantismo avanzado. La cuestión puesta á la órden del día era la santidad de Jesús:

“En el momento en que la conferencia aborda este grande y religioso asunto, más propio que otro cualquiera para nutrir la piedad, experimentamos la necesidad de expresar nuestra ardiente y profunda fe en la *santidad de Jesús*.

“Considerando que somos y queremos ser, no simples filósofos, sino creyentes y cristianos;

„Considerando que el hombre, á nuestro juicio, no vive únicamente de teoría, ni de metafísica, ni aún de moral, sino que también necesita de una religión personal y práctica, es decir, de una misión directa ó íntima con Dios, de su perdón y del auxilio de su espíritu;

„Considerando que Dios es la única y suprema fuente de toda santidad, y que *es por Jesús por quien aprendemos á conocerle como nuestro Padre celestial* y á amarle y á servirle en espíritu y verdad;

„Considerando que la Iglesia cristiana no es sino la cofradía de los fieles, y que estos fieles son todos aquellos que se reúnen para nutrirse de la vida espiritual que *Jesús les ha comunicado*;

„Por todos estos motivos, y en virtud de la experiencia que adquirimos cada día, afirmamos: que así para nosotros como para nuestros hijos y hermanos tenemos necesidad de esta *real é ideal santidad*;

„Declaramos que, á nuestros ojos, la *enseñanza de Jesús, sus actos, sus sufrimientos y su muerte*, su inefable compasión por los pecadores, la indignación con que anatematizaba la hipocresía y la opresión, su autoridad moral y su humildad, la completa renuncia de sí mismo y de su sumisión sin reserva á la voluntad de su Padre, su carácter sublime y su unión con Dios, constituyen cuanto hay de más grande y de más perfecto en el patrimonio moral y religioso de la humanidad que él ha regenerado;

„Esto supuesto, nos consagramos, con profundo recogimiento y piadosa emoción, primero á Dios, como á nuestro Creador y nuestro Padre, y después á *Jesús, como á nuestro amado Salvador, nuestro Maestro, nuestro Legislador y nuestro Rey*” (1).

Esos sentimientos son los de todos los liberales avanzados. Los Suizos pasan por ser los más avanzados, y, sin embargo, declaran que Jesucristo es el principio de la cristiandad, el órgano de la revelación cristiana y la fuente de vida para los fieles; y añaden que la persona de Jesús y la historia de su vida son el eterno fundamento de la fe de los cristianos y un ideal para su propia vida. Declaran además que la figura de Cristo es única en la his-

(1) *Le Disciple de Jésus-Christ*, revue du protestantisme au dix-neuvième siècle, 1866, t. I, p. 518.